VERANO 12

Lisboa

(*Por Marcelo Birmajer*) Durante el viaje en tren. Ribalta había estado intentando recordar qué suceso de su vida estaba ligado a Lisboa.

Sabía que en la ciudad abundaban los suicidas, y caminando sus calles tristes y viejas pensó que allí el suicidio era una redundancia.

Le habían hablado, también, de un bar regenteado por un busto de Pessoa, y lo encontró sin buscarlo. Pero ni el ambiente opresivo de la ciudad, ni el carajillo (de cognac quemado) que pidió, ni el busto de Pessoa le traían a la memoria ese recuerdo perdido que tenía algo que ver con Lisboa.

Con el café en la mano vio una estatua decapitada y chasqueó la lengua. Ya sabía. Ya estaba. En 1755 un terremoto había asolado Lisboa modificándola para siempre.

Cinco, no, seis años atrás, en 1990, él estaba haciendo cuentas sobre su escritorio, alumbrado por la luz directa de un velador, cuando su hijo Agustín, que estaba jugando a unos de esos juegos de mesa infinitos con amigos, entró corriendo y le preguntó de un solo grito:

"¡Pa, en qué año fue el terremoto de Lisboa!" Cuando el chico se fue, también corriendo, sin darle más que unos segundos para la respuesta, buscó el diccionario enciclopédico y se enteró del terremoto famoso y de la fecha: 1755. La anotó en un pequeño papel, lo dobló en cuatro haciéndolo aún más pequeño, lo apartó de sus papeles y siguió con las cuentas.

Quince minutos después regresó su hijo. "Y, pa, ¿sabés?" Todavía le era útil el dato. Ribalta, casi sin levantar la vista, pagado de sí mismo, le señaló con el índice la esquina del escritorio donde había dejado el bollito de papel con la fecha.

Le extrañó que su hijo no saliera corriendo inmediatamente. Agustín lo miraba desconcertado. "¿Y?", le dijo.

Descubrió que el papel no estaba en la esquina del escritorio.

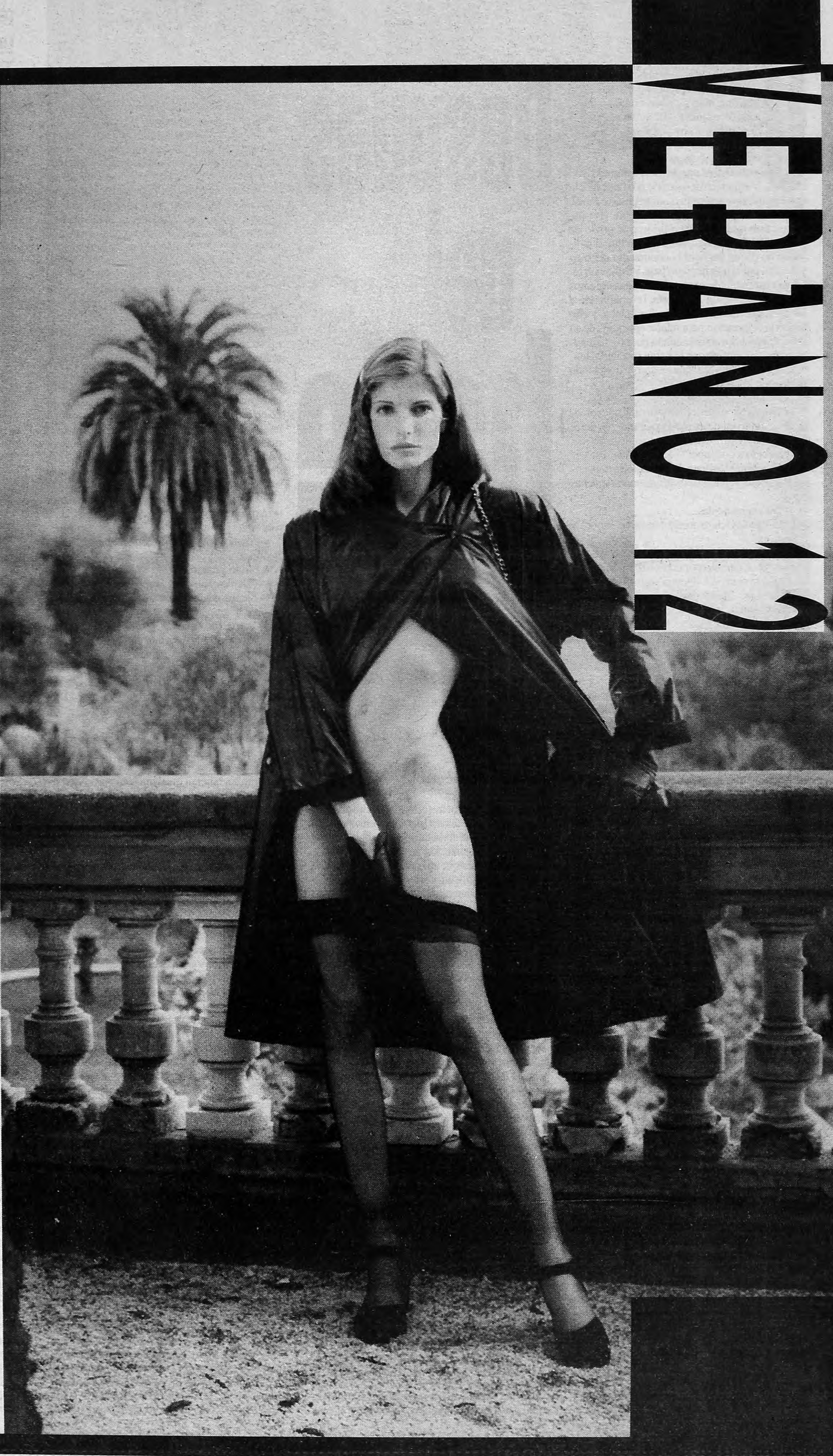
–¿Lo agarraste? –le preguntó a su hijo.

–¿Qué cosa? –preguntó a su vez Agustín.

Ribalta se levantó y buscó ordenadamente el papelito. No estaba por ningún lado. "¿Lo agarraste y lo escondiste?", le preguntó suspicaz a su hijo. "Estás de la nuca", dijo Agustín yéndose.

Pasó la siguiente hora de aquel verano de 1990, olvidado de sus cuentas, buscando el papelito que nunca más encontró.

1996 estaba recién comenzado en esa ciudad que se burlaba de sí misma llamando a un parque Placia da Alegría, y Ribalta desandó el camino hacia el hotel donde lo aguardaba su esposa, por las mismas calles (y por miedo a encontrarse con otras más melancólicas), pensando que Agustín ya no veraneaba con ellos y que ni siquiera escribiéndolas podía lograrse que las respuestas llegaran por un camino directo al destinatario querido.



Después del baile

Por León Tolstoi

En su monumental y definitiva biografía del gran escritor ruso, el inglés A. N. Wilson señala este breve relato –escrito en apenas un día– como "lo mejor del Tolstoi tardío y parte de lo mejor que jamás escribiera (...). En el supuesto de que nada de la literatura rusa de la primera década de este siglo se las arreglara para sobrevivir con la excepción de "Después del baile", esta pequeña pieza bastaría para poder predecir la Revolución y el subsecuente carácter de la vida rusa en el siglo XX. "Después del baile" parece contener la terrible paradoja de una nación capaz de compaginar los más tiernos sentimientos y la más severa de las policías secretas, y parece explicar oblicuamente las razones para que un mismo sitio y una misma generación puedan haber producido a Nijinski, Shostakovich, Akhmatova y las purgas de Stalin".

Ustedes sostienen que el hombre no puede llegar a comprender por sí mismo lo que está bien y lo que está mal, y que todo es resultado del ambiente, que el ambiente nos absorbe. Pues yo creo que todo depende de hechos fortuitos. Lo digo por experiencia...

Así habló nuestro muy estimado Iván Vasílievich después de la conversación que sostuvimos acerca de si es necesario modificar las condiciones en que el hombre vive para que éste pueda alcanzar un mayor grado de perfección. En realidad nadie afirmó que el individuo no puede llegar al conocimiento del bien y del mal por sí mismo, pero Iván Vasílievich tenía la costumbre de comentar los pensamientos que la conversación le sugería, respondiendo a las preguntas que él mismo se formulaba, y ello le servía de pretexto para relatar episodios de su vida. A menudo, entusiasmado por su relato, se olvidaba del motivo que lo había suscitado, tanto más cuanto que era muy sincero y ponía toda el alma en lo que contaba.

Lo mismo hizo en esta ocasión.

–Lo digo por experiencia propia. Toda mi vida ha seguido un determinado rumbo y no otro, debido a algo muy distinto del medio ambiente.

–¿Debido a qué, pues? –le preguntamos.

–¡Ah señores! Se trata de una historia muy larga. Para comprenderla habría que contar muchas cosas.

–Pues cuéntenoslas...

Iván Vasílievich se quedó pensativo, movió la cabeza.

–Así fue –añadió–. Una noche, o mejor dicho, una mañana, cambió por completo mi vida.

–¿Qué le ocurrió? –Ocurrió que me enamoré perdidamente. Me había enamorado muchas veces, pero nunca con un amor tan profundo como en aquella ocasión. Esto ya pertenece al pasado. Mi amor tiene ya hijas casadas. Se trata de B... sí, de Várienka B. –Iván Vasílievich nombró el apellido–. A los cincuenta años seguía siendo una belleza, pero en su juventud, a los dieciocho, era sublime: alta, esbelta, grácil y majestuosa, realmente majestuosa. Iba siempre muy erguida, como si no supiera ir de otro modo, con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, y esto, añadido a su estatura y belleza, aun siendo delgada e incluso seca, le daba aires de reina. Su majestuosidad nos habría acobardado de no haber sido por la dulce y alegre sonrisa que iluminaba su rostro, de no haber tenido aquellos ojos encantadores y brillantes, de no haber poseído la gracia sin par de su esplendorosa juventud.

–¡Qué bien la describe, Iván Vasílievich!

–Por más que la describa será poco para que puedan ustedes hacerse cargo de cómo era. Pero no es ésta la cuestión. Lo que quiero contarles ocurrió entre los años 1840 y 1850. Entonces yo estudiaba en una universidad de provincias, y en aquellos tiempos ni organizábamos círculos ni nos preocupábamos de teorías políticas en la universidad, lo cual no sé si estaba bien o estaba mal. Eramos jóvenes y vivíamos como es propio de la juventud, estudiando y divirtiéndonos. Yo era un mozo alegre y bullicioso, y además, rico. Tenía un brioso caballo, acompañaba a las damitas a bajar en trineo por las cuestas (todavía no estaba de moda patinar), iba de francachela con mis camaradas (en aquel tiempo sólo bebíamos champaña; si no teníamos dinero no bebíamos nada, pero nunca tomábamos vodka, como ahora). Mis diversiones preferidas eran las veladas y los bailes. Bailaba bien y no era un adefesio.

–No sea usted modesto –exclamó una dama interrumpiéndole–. Ya hemos visto su retrato, hecho todavía en daguerrotipo. Nada de adefesio, usted era un guapo mozo.

–Si quiere usted, un guapo mozo; pero no es ésta la cuestión, sino que en aquel tiempo de mi gran amor asistí al baile del último carnaval en la residencia del maestre de la nobleza provinciana, un anciano bondadoso, rico, hospitalario y gentilhombre de cámara. Hacía los honores de la casa su esposa, mujer tan bondadosa como él. Lucía una diadema de brillantes y llevaba un rico vestido de terciopelo que le dejaba al descubierto los fláccidos y blancos hombros de mujer anciana y un gran escote, como en los retratos de Isabel Petróvna. El baile era espléndido. La sala estaba lujosamente adornada. Tocaban los famosos siervos de los terratenientes de aquel entonces aficionados a la música y al canto. El ambigú estaba ricamente surtido, y el champaña corría a raudales. A mí me gustaba mucho el champaña, pero aquel día no lo probé, pues sin beber nada ya me sentía ebrio de amor. En cambio, bailé como una peonza, sin perderme ni un vals ni una polca, y siempre que me fue posible bailé, como es natural, con Várienka. Mi ángel llevaba un vestido blanco con un cinturón color de rosa y guantes blancos de cabritilla que casi le llegaban hasta los delgados y puntiagudos codos, y calzaba zapatitos blancos de raso. Un ingeniero antipático, Anísimov, me birló la mazurca; todavía hoy no se lo perdono. La invitó tan pronto Várienka hizo su entrada en el salón, mientras yo pasaba por la peluquería a buscar unos guantes, y llegué tarde. Bailé la mazurca con una alemanita a la que anteriormente había cortejado algo; pero me temo que aquella noche fui poco galante con ella; casi no le dirigí la palabra ni la miré, pues sólo tenía ojos para la alta y esbelta figura vestida de blanco y ceñida por un cinturón color de rosa, para la carita radiante, sonrosada, con dos hoyuelos encantadores en las mejillas y dulcísima mirada. No era el único. La contemplaban y la admiraban los hombres, e incluso las mujeres, a pesar de que Várienka las eclipsaba a todas. Era imposible no admirarla.

»Según lo estatuido, digámoslo así, no bailé la mazurca con ella, pero en realidad bailamos juntos casi todo el tiempo. Várienka iba decidida ami encuentro a través de toda la sala y yo me dirigía hacia ella, marcando los compases del baile, sin esperar su invitación. Várienka premiaba con una sonrisa mi perspicacia. Cuando éramos varios quienes nos acercábamos y ella no acertaba a darme la mano, encogía levemente los delgados hombros, como lamentándolo, y me sonreía para consolarme.

»Cuando el vals era la figura de la mazurca, bailábamos juntos largo rato y Várienka, acelerada la respiración, me decía *encore* (todavía más) y yo seguía danzando el vals sin sentir mi propio cuerpo.

–¡Bah! ¿Cómo no iba a sentirlo cuando la abrazaba por el talle? Supongo que sentía no sólo su propio cuerpo, sino también el de ella –dijo uno de los presentes.

A Iván Vasílievich se le puso el rostro encendido y casi gritó, enojado:

–¡Bueno! Así es la juventud de hoy. Ustedes no ven más que el cuerpo. En nuestros tiempos era distinto. Cuanto más enamorado estaba yo, tanto más incorpórea se me figuraba ella. Ustedes ven los pies, los tobillos y aún algo más, ustedes desnudan a la mujer de que están enamorados. Para mí, en cambio, el objeto de mi amor llevaba siempre vestidos de bronce, como dijo Alfonso Karr, un buen escritor. Nosotros no sólo no desnudábamos, sino que procurábamos cubrir la desnudez, como el buen hijo de Noé. Pero ustedes no pueden comprenderlo.

–No le haga caso. ¿Qué más? –dijo uno de los nuestros.

–Pues que bailé casi siempre con ella y las horas se me pasaron volando. Los músicos, abrumados de fatiga (ya saben ustedes lo que pasa al final del baile), repetían unos mismos compases de mazurca; en las salitas de recibir los papás y las mamás se levantaban ya de las mesitas de juego en espera de la cena; los lacayos iban y venían atareados cada vez con mayor frecuencia. Eran más de las dos de la madrugada. Había que aprovechar los últimos minutos. La saqué a bailar una vez más y por centésima vez dimos la vuelta al salón.

»Así pues, después de cenar, la contradanza será para mí, ¿verdad? –le dije acompañándola a su sitio.

»–Eso si no me llevan a casa –me contestó sonriendo.

»–No lo permitiré –dije.

»–"Deme el abanico –replicó.

»–Siento tener que devolvérselo –respondí entregándole un blanco abanico de poco valor.

»–Tome, para que no lo sienta; esto para usted –añadió arrancando una plumita del abanico y poniéndomela en las manos.

»Cogí la pluma y sólo con la mirada pude expresar el entusiasmo y el agradecimiento que me embargaban. No sólo me sentía alegre y satisfecho, sino feliz, lleno de beatitud y de bondad; ya no era yo, sino un ser bienaventurado que había perdido la noción del tiempo y no podía hacer sino el bien. Escondí la plumita en el guante y permanecí de pie, sin fuerzas para apartarme de ella.

»–Fíjese, quieren que baile papá –me dijo señalándome la alta y apuesta figura de su padre, coronel del ejército que llevaba charreteras plateadas y se hallaba con unas damas junto a la puerta del salón.

»–Várienka, venga acá –dijo, elevando la voz, la señora de la casa, que lucía la diadema de brillantes y sus hombros isabelinos.

»Várienka se acercó a la puerta y yo la seguí.

»–*Ma chère* (querida), convenza a su padre de que baile un poco con usted. Ande, haga el favor, Piotr Vladislávovich –añadió la señora dirigiéndose al coronel.

»El padre de Várienka era un hombre hermoso, apuesto, alto y fuerte a pesar de sus años. Tenía la cara sonrosada, con bigotes blancos *à la Nicolas I*, patillas, también blancas, dirigidas hacia los bigotes, y los cabellos peinados hacia delante, sobre las sienes. La misma jubilosa sonrisa de la hija resplandecía en los brillantes ojos y en los labios del coronel. Era de recia complexión, de amplio pecho abombado, a lo militar, no muy recargado de condecoraciones, de sólidos hombros y bien formadaspiernas. Era un jefe de viejo estilo formado en la escuela militar del emperador Nicolás.

»Cuando llegamos a la puerta, el coronel se negaba a bailar afirmando que había perdido la costumbre. No obstante, se llevó la mano al lado izquierdo, se desciñó la espada, la entregó sonriendo a un amable joven y dijo, ajustándose el guante de gamuza en la mano derecha: "Hay que observar todos los requisitos"; luego tomó la mano de su hija y se volvió de lado para entrar al compás.

»Cuando los músicos empezaron a tocar la mazurca, dio un golpe con un pie, avanzó el otro y su alta y corpulenta figura comenzó a moverse alrededor del salón, ora lenta y suavemente, ora ruidosa y veloz, haciendo resonar las suelas contra el piso y un pie contra el otro. La grácil figura de Várienka se deslizaba a su lado insensiblemente acortando y alargando en el momento preciso los pasos de sus blancos piececitos de raso. La sala entera se hallaba pendiente de los movimientos de la pareja. Yo no sólo los admiraba, sino que los contemplaba con amorosa ternura. Me fascinaban las botas del padre, ajustadas con cordones de buen cuero de vaca, aunque no puntiagudas, como era la moda, sino de punta cuadrada y sin tacones; por lo visto se las había hecho el zapatero del batallón. "Para vestir ricamente a su adorada hija y hacerla alternar, no se compra botas a la moda y las lleva de fabricación casera", me dije, y aquellas botas cuadradas me impresionaron. Se veía que en su juventud había sido un gran bailarín, pero entonces era excesivamente pesado y poco ágil para los bellos y rápidos pasos que quería realizar. No obstante, dio dos vueltas a la sala con bastante soltura. Cuando, al fin, separó rápidamente los pies, volvió a unirlos no sin cierta dificultad y se dejó caer sobre una rodilla; cuando la hija, sonriendo y arreglándose la falda, que él había arrastrado, giró suavemente en torno al padre, estalló una salva de aplausos. El coronel tuvo que hacer un pequeño esfuerzo para levantarse. Cogió luego a su hija, tierna y amorosamente, de la oreja, la besó en la frente y la acompañó adonde yo estaba, creyendo que seguiríamos bailando, pero yo le dije que no era su caballero.

»–No importa, baile usted un poco con ella ahora –me respondió sonriendo amablemente, ciñéndose de nuevo la espada.

»Así como, a veces, tras la gota de agua que se cae de una botella se derrama abundantemente su líquido, el amor que sentía yo por Várienka dejó libre toda la capacidad de amar que encerraba mi alma. Entonces mi amor abarcaba al mundo entero. Quería a la dueña de la casa con su diadema de diamantes y su busto isabelino, a su marido y a sus invitados, a sus lacayos e incluso al ingeniero Anísimov, que se había picado conmigo. Hacia el padre de ella, con sus botas de fabricación casera, con su dulce sonrisa, semejante a la de la hija, sentía yo tierna simpatía y gran admiración.

»Se terminó la mazurca. Los señores de la casa rogaron a los invitados que pasaran al comedor, pero el coronel B. declinó la invitación, pues,

Después del baile

Por León Tolstoi

En su monumental y definitiva biografía del gran escritor ruso, el inglés A. N. Wilson señala este breve relato –escrito en apenas un día– como "lo mejor del Tolstoi tardío y parte de lo mejor que jamás escribiera (...). En el supuesto de que nada de la literatura rusa de la primera década de este siglo se las arreglara para sobrevivir con la excepción de "Después del baile", esta pequeña pieza bastaría para poder predecir la Revolución y el subsecuente carácter de la vida rusa en el siglo XX. "Después del baile" parece contener la terrible paradoja de una nación capaz de compaginar los más tiernos sentimientos y la más severa de las policías secretas, y parece explicar oblicuamente las razones para que un mismo sitio y una misma generación puedan haber producido a Nijinski, Shostakovich, Akhmatova y las purgas de Stalin".

Ustedes sostienen que el hombre no puede llegar a comprender por sí mismo lo que está bien y lo que está mal, y que todo es resultado del ambiente, que el ambiente nos absorbe. Pues yo creo que todo depende de hechos fortuitos. Lo digo por experiencia...

Así habló nuestro muy estimado Iván Vasílievich después de la conversación que sostuvimos acerca de si es necesario modificar las condiciones en que el hombre vive para que éste pueda alcanzar un mayor grado de perfección. En realidad nadie afirmó que el individuo no puede llegar al conocimiento del bien y del mal por sí mismo, pero Iván Vasílievich tenía la costumbre de comentar los pensamientos que la conversación le sugería, respondiendo a las preguntas que él mismo se formulaba, y ello le servía de pretexto para relatar episodios de su vida. A menudo, entusiasmado por su relato, se olvidaba del motivo que lo había suscitado, tanto más cuanto que era muy sincero y ponía toda el alma en lo que contaba.

Lo mismo hizo en esta ocasión.

–Lo digo por experiencia propia. Toda mi vida ha seguido un determinado rumbo y no otro, debido a algo muy distinto del medio ambiente.

–¿Debido a qué, pues? –le preguntamos.

–¡Ah señores! Se trata de una historia muy larga. Para comprenderla habría que contar muchas cosas.

–Pues cuéntenoslas...

Iván Vasílievich se quedó pensativo, movió la cabeza.

–Así fue –añadió–. Una noche, o mejor dicho, una mañana, cambió por completo mi vida.

–¿Qué le ocurrió? –Ocurrió que me enamoré perdidamente. Me había enamorado muchas veces, pero nunca con un amor tan profundo como en aquella ocasión. Esto ya pertenece al pasado. Mi amor tiene ya hijas casadas. Se trata de B... sí, de Várienka B. –Iván Vasílievich nombró el apellido–. A los cincuenta años seguía siendo una belleza, pero en su juventud, a los dieciocho, era sublime: alta, esbelta, grácil y majestuosa, realmente majestuosa. Iba siempre muy erguida, como si no supiera ir de otro modo, con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, y esto, añadido a su estatura y belleza, aun siendo delgada e incluso seca, le daba aires de reina. Su majestuosidad nos habría acobardado de no haber sido por la dulce y alegre sonrisa que iluminaba su rostro, de no haber tenido aquellos ojos encantadores y brillantes, de no haber poseído la gracia sin par de su esplendorosa juventud.

–¡Qué bien la describe, Iván Vasílievich!

–Por más que la describa será poco para que puedan ustedes hacerse cargo de cómo era. Pero no es ésta la cuestión. Lo que quiero contarles ocurrió entre los años 1840 y 1850. Entonces yo estudiaba en una universidad de provincias, y en aquellos tiempos ni organizábamos círculos ni nos preocupábamos de teorías políticas en la universidad, lo cual no sé si estaba bien o estaba mal. Eramos jóvenes y vivíamos como es propio de la juventud, estudiando y divirtiéndonos. Yo era un mozo alegre y bullicioso, y además, rico. Tenía un brioso caballo, acompañaba a las damitas a bajar en trineo por las cuestas (todavía no estaba de moda patinar), iba de francachela con mis camaradas (en aquel tiempo sólo bebíamos champaña; si no teníamos dinero no bebíamos nada, pero nunca tomábamos vodka, como ahora). Mis diversiones preferidas eran las veladas y los bailes. Bailaba bien y no era un adefesio.

–No sea usted modesto –exclamó una dama interrumpiéndole–. Ya hemos visto su retrato, hecho todavía en daguerrotipo. Nada de adefesio, usted era un guapo mozo.

–Si quiere usted, un guapo mozo; pero no es ésta la cuestión, sino que en aquel tiempo de mi gran amor asistí al baile del último carnaval en la residencia del maestre de la nobleza provinciana, un anciano bondadoso, rico, hospitalario y gentilhombre de cámara. Hacía los honores de la casa su esposa, mujer tan bondadosa como él. Lucía una diadema de brillantes y llevaba un rico vestido de terciopelo que le dejaba al descubierto los fláccidos y blancos hombros de mujer anciana y un gran escote, como en los retratos de Isabel Petróvna. El baile era espléndido. La sala estaba lujosamente adornada. Tocaban los famosos siervos de los terratenientes de aquel entonces aficionados a la música y al canto. El ambigú estaba ricamente surtido, y el champaña corría a raudales. A mí me gustaba mucho el champaña, pero aquel día no lo probé, pues sin beber nada ya me sentía ebrio de amor. En cambio, bailé como una peonza, sin perderme ni un vals ni una polca, y siempre que me fue posible bailé, como es natural, con Várienka. Mi ángel llevaba un vestido blanco con un cinturón color de rosa y guantes blancos de cabritilla que casi le llegaban hasta los delgados y puntiagudos codos, y calzaba zapatitos blancos de raso. Un ingeniero antipático, Anísimov, me birló la mazurca; todavía hoy no se lo perdono. La invitó tan pronto Várienka hizo su entrada en el salón, mientras yo pasaba por la peluquería a buscar unos guantes, y llegué tarde. Bailé la mazurca con una alemanita a la que anteriormente había cortejado algo; pero me temo que aquella noche fui poco galante con ella; casi no le dirigí la palabra ni la miré, pues sólo tenía ojos para la alta y esbelta figura vestida de blanco y ceñida por un cinturón color de rosa, para la carita radiante, sonrosada, con dos hoyuelos encantadores en las mejillas y dulcísima mirada. No era el único. La contemplaban y la admiraban los hombres, e incluso las mujeres, a pesar de que Várienka las eclipsaba a todas. Era imposible no admirarla.

»Según lo estatuido, digámoslo así, no bailé la mazurca con ella, pero en realidad bailamos juntos casi todo el tiempo. Várienka iba decidida a mi encuentro a través de toda la sala y yo me dirigía hacia ella, marcando los compases del baile, sin esperar su invitación. Várienka premiaba con una sonrisa mi perspicacia. Cuando éramos varios quienes nos acercábamos y ella no acertaba a darme la mano, encogía levemente los delgados hombros, como lamentándolo, y me sonreía para consolarme.

»Cuando el vals era la figura de la mazurca, bailábamos juntos largo rato y Várienka, acelerada la respiración, me decía *encore* (todavía más) y yo seguía danzando el vals sin sentir mi propio cuerpo.

–¡Bah! ¿Cómo no iba a sentirlo cuando la abrazaba por el talle? Supongo que sentía no sólo su propio cuerpo, sino también el de ella –dijo uno de los presentes.

A Iván Vasílievich se le puso el rostro encendido y casi gritó, enojado:

–¡Bueno! Así es la juventud de hoy. Ustedes no ven más que el cuerpo. En nuestros tiempos era distinto. Cuanto más enamorado estaba yo, tanto más incorpórea se me figuraba ella. Ustedes ven los pies, los tobillos y aún algo más, ustedes desnudan a la mujer de que están enamorados. Para mí, en cambio, el objeto de mi amor llevaba siempre vestidos de bronce, como dijo Alfonso Karr, un buen escritor. Nosotros no sólo no desnudábamos, sino que procurábamos cubrir la desnudez, como el buen hijo de Noé. Pero ustedes no pueden comprenderlo.

–No le haga caso. ¿Qué más? –dijo uno de los nuestros.

–Pues que bailé casi siempre con ella y las horas se me pasaron volando. Los músicos, abrumados de fatiga (ya saben ustedes lo que pasa al final del baile), repetían unos mismos compases de mazurca; en las salitas de recibir los papás y las mamás se levantaban ya de las mesitas de juego en espera de la cena; los lacayos iban y venían atareados cada vez con mayor frecuencia. Eran más de las dos de la madrugada. Había que aprovechar los últimos minutos. La saqué a bailar una vez más y por centésima vez dimos la vuelta al salón.

»Así pues, después de cenar, la contradanza será para mí, ¿verdad? –le dije acompañándola a su sitio.

»–Eso si no me llevan a casa –me contestó sonriendo.

»–No lo permitiré –dije.

»–"Deme el abanico –replicó.

»–Siento tener que devolvérselo –respondí entregándole un blanco abanico de poco valor.

»–Tome, para que no lo sienta; esto para usted –añadió arrancando una plumita del abanico y poniéndomela en las manos.

»Cogí la pluma y sólo con la mirada pude expresar el entusiasmo y el agradecimiento que me embargaban. No sólo me sentía alegre y satisfecho, sino feliz, lleno de beatitud y de bondad; ya no era yo, sino un ser bienaventurado que había perdido la noción del tiempo y no podía hacer sino el bien. Escondí la plumita en el guante y permanecí de pie, sin fuerzas para apartarme de ella.

»–Fíjese, quieren que baile papá –me dijo señalándome la alta y apuesta figura de su padre, coronel del ejército que llevaba charreteras plateadas y se hallaba con unas damas junto a la puerta del salón.

»–Várienka, venga acá –dijo, elevando la voz, la señora de la casa, que lucía la diadema de brillantes y sus hombros isabelinos.

»Várienka se acercó a la puerta y yo la seguí.

»–*Ma chère* (querida), convenza a su padre de que baile un poco con usted. Ande, haga el favor, Piotr Vladislávovich –añadió la señora dirigiéndose al coronel.

»El padre de Várienka era un hombre hermoso, apuesto, alto y fuerte a pesar de sus años. Tenía la cara sonrosada, con bigotes blancos *à la Nicolas I*, patillas, también blancas, dirigidas hacia los bigotes, y los cabellos peinados hacia delante, sobre las sienes. La misma jubilosa sonrisa de la hija resplandecía en los brillantes ojos y en los labios del coronel. Era de recia complexión, de amplio pecho abombado, a lo militar, no muy recargado de condecoraciones, de sólidos hombros y bien formadaspiernas. Era un jefe de viejo estilo formado en la escuela militar del emperador Nicolás.

»Cuando llegamos a la puerta, el coronel se negaba a bailar afirmando que había perdido la costumbre. No obstante, se llevó la mano al lado izquierdo, se desciñó la espada, la entregó sonriendo a un amable joven y dijo, ajustándose el guante de gamuza en la mano derecha: "Hay que observar todos los requisitos"; luego tomó la mano de su hija y se volvió de lado para entrar al compás.

»Cuando los músicos empezaron a tocar la mazurca, dio un golpe con un pie, avanzó el otro y su alta y corpulenta figura comenzó a moverse alrededor del salón, ora lenta y suavemente, ora ruidosa y veloz, haciendo resonar las suelas contra el piso y un pie contra el otro. La grácil figura de Várienka se deslizaba a su lado insensiblemente acortando y alargando en el momento preciso los pasos de sus blancos piececitos de raso. La sala entera se hallaba pendiente de los movimientos de la pareja. Yo no sólo los admiraba, sino que los contemplaba con amorosa ternura. Me fascinaban las botas del padre, ajustadas con cordones de buen cuero de vaca, aunque no puntiagudas, como era la moda, sino de punta cuadrada y sin tacones; por lo visto se las había hecho el zapatero del batallón. "Para vestir ricamente a su adorada hija y hacerla alternar, no se compra botas a la moda y las lleva de fabricación casera", me dije, y aquellas botas cuadradas me impresionaron. Se veía que en su juventud había sido un gran bailarín, pero entonces era excesivamente pesado y poco ágil para los bellos y rápidos pasos que quería realizar. No obstante, dio dos vueltas a la sala con bastante soltura. Cuando, al fin, separó rápidamente los pies, volvió a unirlos no sin cierta dificultad y se dejó caer sobre una rodilla; cuando la hija, sonriendo y arreglándose la falda, que él había arrastrado, giró suavemente en torno al padre, estalló una salva de aplausos. El coronel tuvo que hacer un pequeño esfuerzo para levantarse. Cogió luego a su hija, tierna y amorosamente, de la oreja, la besó en la frente y la acompañó adonde yo estaba, creyendo que seguiríamos bailando, pero yo le dije que no era su caballero.

»–No importa, baile usted un poco con ella ahora –me respondió sonriendo amablemente, ciñiéndose de nuevo la espada.

»Así como, a veces, tras la gota de agua que se cae de una botella se derrama abundantemente su líquido, el amor que sentía yo por Várienka dejó libre toda la capacidad de amar que encerraba mi alma. Entonces mi amor abarcaba al mundo entero. Quería a la dueña de la casa con su diadema de diamantes y su busto isabelino, a su marido y a sus invitados, a sus lacayos e incluso al ingeniero Anísimov, que se había picado conmigo. Hacia el padre de ella, con sus botas de fabricación casera, con su dulce sonrisa, semejante a la de la hija, sentía yo tierna simpatía y gran admiración.

»Se terminó la mazurca. Los señores de la casa rogaron a los invitados que pasaran al comedor, pero el coronel B. declinó la invitación, pues, según dijo, al día siguiente tenía que levantarse muy temprano, y se despidió. Por un momento temí que se llevaran también a mi damita, pero Várienka se quedó con su madre.

»Después de la cena bailamos la contradanza prometida, y a pesar de que me sentía infinitamente feliz, mi felicidad seguía creciendo sin cesar. No hablábamos de amor. Ni siquiera le pregunté si me amaba, ni me lo pregunté a mí mismo. Me bastaba quererla yo. Sólo temía que algo imprevisto viniera a quebrar mi felicidad.

»Cuando regresé a mi casa y pensé que debía acostarme, me di cuenta de que no podría dormir. Tenía en las manos la plumita de su abanico y un guante suyo. Me lo había regalado al sentarse en el coche, al despedirnos, cuando la ayudé a subir después de haber ayudado a su madre. Yo contemplaba esos objetos y sin cerrar los ojos la veía delante de mí ya en la danza, cuando al elegir a uno de los galanes acertaba a darme la mano y me decía con su dulce voz: "Estás orgulloso, ¿no?", ya en la cena, cuandose llevaba a los labios la copa de champaña y me miraba de soslayo con acariciadora mirada. Pero la veía sobre todo formando pareja con su padre, bailando grácilmente a su lado, contenta y orgullosa de sí misma y de él, mirando a los espectadores que los contemplaban. Sin darme cuenta, los unía a los dos en un mismo afecto sincero y tierno.

»Entonces yo vivía solo con mi difunto hermano, que no era aficionado a la vida de sociedad ni acudía a los bailes, y además estaba preparándose para el examen de licenciatura, por lo que llevaba una vida ejemplar. Mi hermano dormía. Contemplé su cabeza hundida en la almohada y semicubierta por la manta de franela y sentí una amorosa compasión, pues él no conocía ni compartía aquella felicidad que me embargaba a mí. El siervo que teníamos de lacayo, Petrushka, había salido a recibirme con una vela y me quería ayudar a desnudarme, pero le di permiso para que se retirara. Su rostro soñoliento y sus enmarañados cabellos me conmovieron. Me dirigí de puntillas a mi habitación, esforzándome por no hacer ruido, y me senté en la cama. Realmente, era demasiado feliz, no podía dormir. Además, en nuestras habitaciones, bien caldeadas, sentía demasiado calor, y, sin quitarme el uniforme, me dirigí silenciosamente a la antesala, me puse el gabán, abrí la puerta principal y salí a la calle.

»El baile había terminado después de las cuatro de la madrugada. Mientras llegué a casa y me entretuve con mis pensamientos, transcurrieron otras dos horas, poco más o menos, de suerte que cuando salí ya clareaba. Hacía un tiempo muy propio de la época de carnaval. Había niebla. La nieve, saturada de agua, se derretía por los caminos y todos los tejados goteaban. La familia B. vivía entonces en un extremo de la ciudad, junto a un campo grande, en uno de cuyos lados había un paseo, y en el otro, el Instituto de señoritas. Seguí nuestra desierta callejuela hasta llegar a la calle mayor, donde empecé a cruzarme con peatones y carreteros que transportaban leña en trineos cuyos patines llegaban a tocar el pavimento. Todo me resultaba agradable y pleno de significado: los caballos que movían acompasadamente sus mojadas cabezas bajos los arcos lustrosos de sus varas, los carreteros cubiertos con tela de saco, chapoteando con sus enormes botas junto a los trineos, y las casas de la calle, que me parecían muy altas envueltas por la bruma.

»Cuando llegué al campo donde se levantaba su casa, distinguí al final, en dirección al paseo, una gran masa negra, y oí al mismo tiempo el redoble del tambor y el son de una flauta. El alma me cantaba de alegría y de vez en vez creía oír los compases de la mazurca. Pero la música que llegó entonces a mis oídos era muy distinta, era dura e ingrata.

»"¿Qué será esto?", pensé, y me dirigí hacia el lugar de donde procedían los sonidos, caminando por el resbaladizo sendero abierto en la nieve a través del campo. Habría andado unos cien pasos, cuando empecé a distinguir la negra silueta de muchas personas. Probablemente se trataba de soldados. "Estarán haciendo la instrucción", me dije, y junto con el herrero, que llevaba un abrigo y un delantal lustrosos y que caminaba delante de mí con no sé qué objeto a cuestas, me fui acercando a aquel lugar. Los soldados, vestidos con negros uniformes, formaban dos hileras, una frente a la otra, inmóviles, con los fusiles en posición de descanso. Detrás de ellos se encontraban los tamboriles y el flautista, que repetían sin cesar la misma melodía desagradable y chillona.

»–¿Qué estarán haciendo? –pregunté al herrero, que se detuvo a mi lado.

»–Azotan a un tártaro, por desertor –me respondió colérico el herrero, mirando al extremo más apartado de las hileras de soldados.

»Miré atentamente en aquella dirección y distinguí entre los soldados una figura terrible que avanzaba hacia mí. Era un hombre con el torso desnudo, atado a los fusiles de dos suboficiales que lo conducían. Cerca de ese hombre caminaba un militar de elevada estatura, que llevaba capote y gorra uniforme. Su figura me pareció conocida. Retorciendo el cuerpo, arrastrando los pies por la nieve semiderretida, avanzaba el tártaro bajolos golpes que de ambos lados llovían sobre sus desnudas espaldas, ya echándose hacia atrás, y entonces los suboficiales que lo conducían lo empujaban hacia delante, ya arrojándose hacia delante y entonces los suboficiales, sosteniéndolo para que no cayera, lo arrastraban hacia atrás. Le seguía sin rezagarse el militar de elevada estatura y paso marcial. Era el padre de ella, con su cara sonrosada, las patillas y los bigotes blancos.

»El castigado, cada vez que recibía un golpe, volvía su rostro contraído por el dolor y como sorprendido hacia el lado del que le había pegado, y mostrando sus blancos dientes repetía unas mismas palabras. Sólo cuando me hallé muy cerca entendía lo que decía. No hablaba, sino que gemía al decir: "¡Hermanos, compasión! ¡Hermanos, compasión!". Pero los hermanos no tenían compasión. Cuando el grupo llegó completamente a mi altura, vi que el soldado que yo tenía enfrente daba, sin vacilar, un paso hacia adelante y enarbolando un palo lo hacía restallar sobre la espalda del tártaro. Este dio un tirón hacia adelante, pero los suboficiales lo retuvieron, y otro golpe idéntico le cayó encima, del otro lado, y otra vez de este lado y nuevamente del otro... El coronel le seguía de cerca, mirando ya dónde ponía los pies, ya al castigado, se llenaba el pecho de aire, hinchaba los carrillos y lo iba aspirando lentamente por la boca entreabierta. Cuando aquellas cuatro personas hubieron pasado más allá del lugar en que yo me hallaba, entreví la espalda del desdichado. Era algo tan confuso, húmedo, rojo y monstruoso, que no podía creer que fuera el cuerpo de un hombre.

»–¡Oh, Dios mío! –exclamó el herrero, que estaba a mi lado.

»El grupo empezó a alejarse. Los golpes seguían cayendo de ambos lados sobre el hombre, que tropezaba y retorcía de dolor; del mismo modo continuaban redoblando los tambores y seguía sonando la flauta, con el mismo paso firme avanzaba la alta y arrogante figura del coronel, sin apartarse del castigado. De pronto el coronel se detuvo y se abalanzó contra un soldado.

»–Ya te voy a dar a ti la compasión –oí que decía airado–. ¿Te darás maña? ¿Te darás?

»Su fuerte mano enguantada con piel de gamuza asestó un golpe brutal al rostro de un soldado, bajito y flacucho, por no haber dejado caer con bastante fuerza el palo sobre la roja espalda del tártaro.

»–¡Que traigan vergajos nuevos! –gritó el coronel mirando en torno.

»Me vio e hizo como si no me reconociera. Frunció el ceño, amenazador y airado. Me volvió la espalda inmediatamente. Me sentí tan avergonzado que no sabía dónde poner los ojos, como si hubiese sido sorprendido en el acto más deshonroso. Bajé la mirada y me apresuré a regresar a casa. Tan pronto resonaban en mis oídos el redoble de los tambores y el son de la flauta, como oía las palabras: "¡Hermanos, compasión!", o la voz altanera y colérica del militar que gritaba: "¿Te darás maña? ¿te darás?". Sentí tal angustia, casi física, que me dieron náuseas, hasta el punto de que varias veces tuve que detenerme como si fuera a vomitar todo el horror que se apoderó de mí ante aquel espectáculo. No recuerdo cómo logré llegar a casa. Me acosté, pero no bien empezaba a conciliar el sueño volvía a ver y oír lo mismo. Salté de la cama.

»"Es indudable que él sabe algo que yo desconozco –me decía, refiriéndome al coronel–. Si yo supiera lo que él sabe, habría comprendido lo que he visto y no me torturaría." Pero por más que pensé no fui capaz de comprender lo que el coronel sabía. Sólo al atardecer llegué a dormirme, después de visitar a un amigo y beber en su compañía hasta emborracharme.

»¿Creen ustedes que entonces llegué a la conclusión de que lo que había presenciado era condenable? De ningún modo. "Si eso se realiza con tanta seguridad y todos lo tienen por indispensable, no cabe duda de que saben algo que yo desconozco", pensaba yo, y pugnaba por llegar a conocerlo. Sin embargo, por más que me esforcé, no pude penetrar en aquel misterio, ni entonces ni siquiera más tarde. Y como no lo logré, me fue imposiblededicarme a la carrera militar, como había deseado antes. Y no sólo no fui militar, sino que no he desempeñado ningún cargo público, y como ven ustedes, no he sido bueno para nada.

–Bien, sabemos perfectamente de qué modo no ha sido usted bueno para nada. Diga mejor que, de no haber sido usted, habría muchas personas que no habrían sido nunca buenas para nada.

–¡Vaya tontería! –replicó con sincero enojo Iván Vasílievich.

–¿Y qué pasó con su amor? –preguntamos.

–¿Con mi amor? Desde aquel día empezó a menguar. Cuando ella se quedaba pensativa, la sonrisa en los labios, cosa que le ocurría con frecuencia, en seguida me venía a la memoria el coronel en el campo y me sentía como turbado. Aquello me resultaba muy desagradable, y comencé a espaciar las entrevistas con ella. Así el amor se fue esfumando. Ya ven, pues, qué cosas ocurren y de qué modo unos hechos fortuitos pueden hacer cambiar la vida de una persona. Y ustedes dicen...

Así terminó su relato.

Una de las últimas fotos de Tolstoi junto a su mujer, la sufrida Sonia Bers.

según dijo, al día siguiente tenía que levantarse muy temprano, y se despidió. Por un momento temí que se llevaran también a mi damita, pero Várienka se quedó con su madre.

»Después de la cena bailamos la contradanza prometida, y a pesar de que me sentía infinitamente feliz, mi felicidad seguía creciendo sin cesar. No hablábamos de amor. Ni siquiera le pregunté si me amaba, ni me lo pregunté a mí mismo. Me bastaba quererla yo. Sólo temía que algo imprevisto viniera a quebrar mi felicidad.

»Cuando regresé a mi casa y pensé que debía acostarme, me di cuenta de que no podría dormir. Tenía en las manos la plumita de su abanico y un guante suyo. Me lo había regalado al sentarse en el coche, al despedirnos, cuando la ayudé a subir después de haber ayudado a su madre. Yo contemplaba esos objetos y sin cerrar los ojos la veía delante de mí ya en la danza, cuando al elegir a uno de los galanes acertaba a darme la mano y me decía con su dulce voz: "Estás orgulloso, ¿no?", ya en la cena, cuandose llevaba a los labios la copa de champaña y me miraba de soslayo con acariciadora mirada. Pero la veía sobre todo formando pareja con su padre, bailando grácilmente a su lado, contenta y orgullosa de sí misma y de él, mirando a los espectadores que los contemplaban. Sin darme cuenta, los unía a los dos en un mismo afecto sincero y tierno.

»Entonces yo vivía solo con mi difunto hermano, que no era aficionado a la vida de sociedad ni acudía a los bailes, y además estaba preparándose para el examen de licenciatura, por lo que llevaba una vida ejemplar. Mi hermano dormía. Contemplé su cabeza hundida en la almohada y semicubierta por la manta de franela y sentí una amorosa compasión, pues él no conocía ni compartía aquella felicidad que me embargaba a mí. El siervo que teníamos de lacayo, Petrushka, había salido a recibirme con una vela y me quería ayudar a desnudarme, pero le di permiso para que se retirara. Su rostro soñoliento y sus enmarañados cabellos me conmovieron. Me dirigí de puntillas a mi habitación, esforzándome por no hacer ruido, y me senté en la cama. Realmente, era demasiado feliz, no podía dormir. Además, en nuestras habitaciones, bien caldeadas, sentía demasiado calor, y, sin quitarme el uniforme, me dirigí silenciosamente a la antesala, me puse el gabán, abrí la puerta principal y salí a la calle.

»El baile había terminado después de las cuatro de la madrugada. Mientras llegué a casa y me entretuve con mis pensamientos, transcurrieron otras dos horas, poco más o menos, de suerte que cuando salí ya clareaba. Hacía un tiempo muy propio de la época de carnaval. Había niebla. La nieve, saturada de agua, se derretía por los caminos y todos los tejados goteaban. La familia B. vivía entonces en un extremo de la ciudad, junto a un campo grande, en uno de cuyos lados había un paseo, y en el otro, el Instituto de señoritas. Seguí nuestra desierta callejuela hasta llegar a la calle mayor, donde empecé a cruzarme con peatones y carreteros que transportaban leña en trineos cuyos patines llegaban a tocar el pavimento. Todo me resultaba agradable y pleno de significado: los caballos que movían acompasadamente sus mojadas cabezas bajos los arcos lustrosos de sus varas, los carreteros cubiertos con tela de saco, chapoteando con sus enormes botas junto a los trineos, y las casas de la calle, que me parecían muy altas envueltas por la bruma.

»Cuando llegué al campo donde se levantaba su casa, distinguí al final, en dirección al paseo, una gran masa negra, y oí al mismo tiempo el redoble del tambor y el son de una flauta. El alma me cantaba de alegría y de vez en vez creía oír los compases de la mazurca. Pero la música que llegó entonces a mis oídos era muy distinta, era dura e ingrata.

»"¿Qué será esto?", pensé, y me dirigí hacia el lugar de donde procedían los sonidos, caminando por el resbaladizo sendero abierto en la nieve a través del campo. Habría andado unos cien pasos, cuando empecé a distinguir la negra silueta de muchas personas. Probablemente se trataba de soldados. "Estarán haciendo la instrucción", me dije, y junto con el herrero, que llevaba un abrigo y un delantal lustrosos y que caminaba delante de mí con no sé qué objeto a cuestas, me fui acercando a aquel lugar. Los soldados, vestidos con negros uniformes, formaban dos hileras, una frente a la otra, inmóviles, con los fusiles en posición de descanso. Detrás de ellos se encontraban los tamboriles y el flautista, que repetían sin cesar la misma melodía desagradable y chillona.

»–¿Qué estarán haciendo? –pregunté al herrero, que se detuvo a mi lado.

»–Azotan a un tártaro, por desertor –me respondió colérico el herrero, mirando al extremo más apartado de las hileras de soldados.

»Miré atentamente en aquella dirección y distinguí entre los soldados una figura terrible que avanzaba hacia mí. Era un hombre con el torso desnudo, atado a los fusiles de dos suboficiales que lo conducían. Cerca de ese hombre caminaba un militar de elevada estatura, que llevaba capote y gorra uniforme. Su figura me pareció conocida. Retorciendo el cuerpo, arrastrando los pies por la nieve semiderretida, avanzaba el tártaro bajolos golpes que de ambos lados llovían sobre sus desnudas espaldas, ya echándose hacia atrás, y entonces los suboficiales que lo conducían lo empujaban hacia delante, ya arrojándose hacia delante y entonces los suboficiales, sosteniéndolo para que no cayera, lo arrastraban hacia atrás. Le seguía sin rezagarse el militar de elevada estatura y paso marcial. Era el padre de ella, con su cara sonrosada, las patillas y los bigotes blancos.

»El castigado, cada vez que recibía un golpe, volvía su rostro contraído por el dolor y como sorprendido hacia el lado del que le había pegado, y mostrando sus blancos dientes repetía unas mismas palabras. Sólo cuando me hallé muy cerca entendía lo que decía. No hablaba, sino que gemía al decir: "¡Hermanos, compasión! ¡Hermanos, compasión!". Pero los hermanos no tenían compasión. Cuando el grupo llegó completamente a mi altura, vi que el soldado que yo tenía enfrente daba, sin vacilar, un paso hacia adelante y enarbolando un palo lo hacía restallar sobre la espalda del tártaro. Este dio un tirón hacia adelante, pero los suboficiales lo retuvieron, y otro golpe idéntico le cayó encima, del otro lado, y otra vez de este lado y nuevamente del otro... El coronel le seguía de cerca, mirando ya dónde ponía los pies, ya al castigado, se llenaba el pecho de aire, hinchaba los carrillos y lo iba aspirando lentamente por la boca entreabierta. Cuando aquellas cuatro personas hubieron pasado más allá del lugar en que yo me hallaba, entreví la espalda del desdichado. Era algo tan confuso, húmedo, rojo y monstruoso, que no podía creer que fuera el cuerpo de un hombre.

»–¡Oh, Dios mío! –exclamó el herrero, que estaba a mi lado.

»El grupo empezó a alejarse. Los golpes seguían cayendo de ambos lados sobre el hombre, que tropezaba y retorcía de dolor; del mismo modo continuaban redoblando los tambores y seguía sonando la flauta, con el mismo paso firme avanzaba la alta y arrogante figura del coronel, sin apartarse del castigado. De pronto el coronel se detuvo y se abalanzó contra un soldado.

»–Ya te voy a dar a ti la compasión –oí que decía airado–. ¿Te darás maña? ¿Te darás?

»Su fuerte mano enguantada con piel de gamuza asestó un golpe brutal al rostro de un soldado, bajito y flacucho, por no haber dejado caer con bastante fuerza el palo sobre la roja espalda del tártaro.

»–¡Que traigan vergajos nuevos! –gritó el coronel mirando en torno.

»Me vio e hizo como si no me reconociera. Frunció el ceño, amenazador y airado. Me volvió la espalda inmediatamente. Me sentí tan avergonzado que no sabía dónde poner los ojos, como si hubiese sido sorprendido en el acto más deshonroso. Bajé la mirada y me apresuré a regresar a casa. Tan pronto resonaban en mis oídos el redoble de los tambores y el son de la flauta, como oía las palabras: "¡Hermanos, compasión!", o la voz altanera y colérica del militar que gritaba: "¿Te darás maña? ¿te darás?". Sentí tal angustia, casi física, que me dieron náuseas, hasta el punto de que varias veces tuve que detenerme como si fuera a vomitar todo el horror que se apoderó de mí ante aquel espectáculo. No recuerdo cómo logré llegar a casa. Me acosté, pero no bien empezaba a conciliar el sueño volvía a ver y oír lo mismo. Salté de la cama.

»"Es indudable que él sabe algo que yo desconozco –me decía, refiriéndome al coronel–. Si yo supiera lo que él sabe, habría comprendido lo que he visto y no me torturaría." Pero por más que pensé no fui capaz de comprender lo que el coronel sabía. Sólo al atardecer llegué a dormirme, después de visitar a un amigo y beber en su compañía hasta emborracharme.

»¿Creen ustedes que entonces llegué a la conclusión de que lo que había presenciado era condenable? De ningún modo. "Si eso se realiza con tanta seguridad y todos lo tienen por indispensable, no cabe duda de que saben algo que yo desconozco", pensaba yo, y pugnaba por llegar a conocerlo. Sin embargo, por más que me esforcé, no pude penetrar en aquel misterio, ni entonces ni siquiera más tarde. Y como no lo logré, me fue imposibledediarme a la carrera militar, como había deseado antes. Y no sólo no fui militar, sino que no he desempeñado ningún cargo público, y como ven ustedes, no he sido bueno para nada.

–Bien, sabemos perfectamente de qué modo no ha sido usted bueno para nada. Diga mejor que, de no haber sido usted, habría muchas personas que no habrían sido nunca buenas para nada.

–¡Vaya tontería! –replicó con sincero enojo Iván Vasílievich.

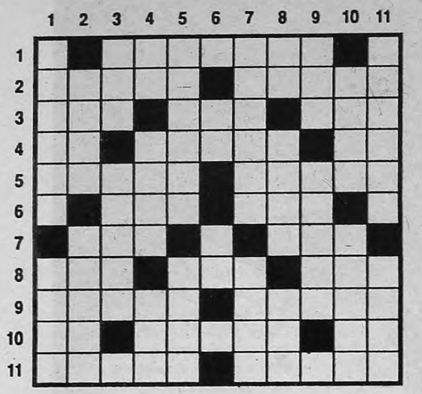
–¿Y qué pasó con su amor? –preguntamos.

–¿Con mi amor? Desde aquel día empezó a menguar. Cuando ella se quedaba pensativa, la sonrisa en los labios, cosa que le ocurría con frecuencia, en seguida me venía a la memoria el coronel en el campo y me sentía como turbado. Aquello me resultaba muy desagradable, y comencé a espaciar las entrevistas con ella. Así el amor se fue esfumando. Ya ven, pues, qué cosas ocurren y de qué modo unos hechos fortuitos pueden hacer cambiar la vida de una persona. Y ustedes dicen...

Así terminó su relato.

Una de las últimas fotos de Tolstoi junto a su mujer, la sufrida Sonia Bers.

ortodoxo



HORIZONTALES

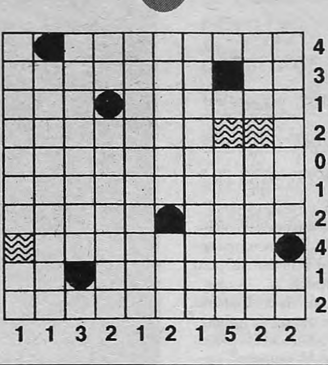
1. Calzado (pl.).
2. Arbol./ Agrio.
3. Título de nobleza inglés./ Hogar./ Pronombre.
4. Terminación de infinitivo./ Contento, alegre./ Apócope de mamá.
5. Quebrar, hacer una rajadura./ Empapad.
6. Dueña, señora./ Recto.
7. Ansar./ Niñera, institutriz.
8. Labra la tierra con el arado./ Onda en la superficie del agua./ Argolla.
9. Poner precio./ Cantidad de medicina que se toma de una vez.
10. Antigua conjunción latina./ Pasar de adentro hacia afuera./ Nota musical.
11. Decir que algo no es cierto./ Quebrados.

VERTICALES

1. Que cuida casas./ Junten, líen.
2. Unidad monetaria de Italia./ Demente.
3. Emperador ruso./ Caballos.
4. Antemeridiano./ Reputación, gloria./ Parte de la vasija por donde se la toma.
5. Suéter de cuello alto./ Rezar.
6. Contracción./ Artículo
7. Entablado./ Heredar.
8. Antigua lengua provenzal./ Area delimitada./ Metal precioso.
9. Preposición./ Alhajas.
10. Domadura de potros./ Seco, estéril.
11. Mesón, casa de huéspedes./ Plantígrados.

batalla naval

En el tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en la figura 1. Se dan algunos de los cuadros invadidos por la flota, y otros que sólo tienen agua. Además, al pie de cada columna y al costado de cada hilera, se indica cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca la ubicación de la flota. Tenga en cuenta que los barcos en ningún caso se tocan entre sí.



correspondencias

Señale las relaciones sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Revistas famosas

1. "Mad"	A. Alemania
2. "Stern"	B. Inglaterra
3. "Punch"	C. Estados Unidos
4. "L'Express"	D. Francia

Campeones mundiales de fútbol

1. Brasil	A. 1990
2. Argentina	B. 1986
3. Alemania	C. 1938
4. Italia	D. 1958

El teatro en el cine

1. "Amadeus"	A. Tom Hulce
2. "La muerte de un viajante"	B. M. Brando
3. "Equus"	C. Peter Firth
4. "Un tranvía llamado deseo"	D. D. Hoffman

Suicidas famosos y sus métodos

1. Ernest Hemingway	A. Veneno
2. Sylvia Plath	B. Disparo de escopeta
3. Jack London	C. Gas
4. Virginia Woolf	D. Ahogándose

académico

Descubra el verdadero significado de cada palabra. Hay cinco respuestas correctas A, cincos B, y cinco C.

1. **Salve** - **A:** Salvoconducto. **B:** Oración en honor de la Virgen. **C:** Cascarilla que envuelve al trigo.
2. **Tomavistas** - **A:** Balcón. **B:** Mirador, atalaya. **C:** Cámara fotográfica usada en cine.
3. **Umbráculo** - **A:** Cobertizo de ramas. **B:** Sombrío. **C:** Parte anterior al umbral.
4. **Vericueto** - **A:** Problema, disyuntiva. **B:** Recoveco. **C:** Camino estrecho y áspero.
5. **Yaca** - **A:** Anona de la India. **B:** Bóvido rumiante del Tíbet. **C:** Alfanje oriental.
6. **Zumillo** - **A:** Jugo poco cocido. **B:** Planta umbelífera. **C:** Sudor, transpiración.
7. **Aleatorio** - **A:** Maleable. **B:** Rotatorio. **C:** Azaroso, fortuito.
8. **Burel** - **A:** Cincel de los grabadores. **B:** Faja del escudo. **C:** Tubo de vidrio graduado.
9. **Capelo** - **A:** Sombrero de los cardenales. **B:** Anapelo, planta venenosa. **C:** Novillero.
10. **Chinata** - **A:** Canicas, juego de niños. **B:** Criada. **C:** Chinesca.
11. **Dilección** - **A:** Dilatación. **B:** Amor tierno y puro. **C:** Demora, retraso.
12. **Ergástula** - **A:** Planta venenosa. **B:** Escalera portátil. **C:** Cárcel subterránea de la antigua Roma.
13. **Fotolito** - **A:** Cliché fotográfico. **B:** Meteorito. **C:** Momumento megalítico.
14. **Guiñol** - **A:** Guiñada, guiño. **B:** Títere. **C:** Vino espumante español.
15. **Honrilla** - **A:** Honradez. **B:** Falsa modestia. **C:** Vergüenza.

CALIFICACION

15 puntos ______ académico
11 a 14 ______ maestro
6 a10 ______ bachiller
5 o menos ______ alumno

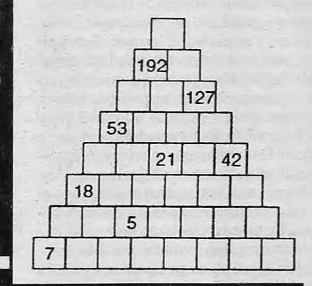
número oculto

El esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
9	0	3	2	1	0
8	5	4	7	1	1
2	1	6	7	0	1
9	4	5	2	1	0
6	5	0	1	0	1
2	1	3	7	1	0

pirámide numérica

Complete la pirámide colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan algunos números ya indicados.



Las soluciones correspondientes a estos juegos se publicarán en la edición de mañana.

solución

Soluciones de los juegos publicados en la edición del sábado

batalla naval

académico

1. A. 2. B. 3. C. 4. C. 5. A. 6. B. 7. A. 8. B. 9. C. 10. C. 11. B. 12. A. 13. C. 14. B. 15. A.

correspondencia

Películas con nombre corto: 1-C; 2-D; 3-A; 4-B. **Cataratas:** 1-D; 2-B; 3-C; 4-A. **Ciencias:** 1-A; 2-C; 3-B; 4-D. **¿Cómo se llamaba:** 1-B; 2-A; 3-D; 4-C.

número oculto

4052

ortodoxo

PARED■POLAR
E■ANILINA■A
SABER■VAGAR
AMO■IDO■ORO
RE■AGATA■AS
■RA■IRE■OB■
PICAR■SALIR
OCAL■D■MIGA
ZAR■RES■VOS
O■OPALINO■O
SOSAS■COSAS

pirámide numérica

529
267 262
132 135 127
63 69 66 61
28 35 34 32 29
11 17 18 16 16 13
4 7 10 8 8 8 5
3 1 6 4 4 4 4 1